

Las *Confesiones* de San Agustín, paso a paso (III)

RESUMEN

En los cuatro últimos libros, Agustín se presenta a sus lectores cual es «en la actualidad, en esta época de mis confesiones» (X 3,4) (a. 397-403).

En el libro X, Agustín propone el camino que él ha seguido y que continúa practicando, de ascensión hacia Dios por la vía de la interioridad. En el XI, lleva a cabo una reflexión antológica sobre la naturaleza del tiempo, que considera incomparable con la eternidad. El XII ofrece una interpretación filosófico-teológica de la obra de la creación, y el XIII sigue el relato detallado de la creación del mundo, reflejo de la Santa Trinidad, y lo aplica espiritualmente a la vida de la Iglesia, cuerpo de Cristo, de la que Él es cabeza y a la que introduce en el descanso de Dios.

PALABRAS CLAVE: Memoria, felicidad, tiempo, eternidad, materia informe, forma, mutabilidad, Trinidad, ángeles, reposo.

ABSTRACT

In the fourth last books, Augustine reveals himself before his readers as he is «at present, at this time of mine confessions» (X 3,4) (years 397-403).

In the book X, Augustine puts forward the way he has followed and continues practicing it, of the ascension towards God through the via of interiority. In the XI, he carries out an anthological reflexion on time nature, which he considers incomparable to the eternity. The XII offers a philosophical and theological interpretation about the work of creation, and the XIII follows the detailed tale above the creation of the world, as a reflection of the Holy Trinity, and applies it spiritually to the life of the Church, body of Christ, of which He is its head and whom He takes into God's repose.

KEY WORDS: Memory, happiness, time, eternity, formless matter, form, mutability, Trinity, angels, repose.

PRESENTACIÓN¹

Durante varios años, la “Fraternidad agustiniana laical San Alipio” de San Lorenzo de El Escorial, vinculada a la comunidad del Monasterio, ha realizado la lectura (por segunda vez) de las *Confesiones* de san Agustín, lo que, como consiliario, me ha dado la oportunidad de ir resumiendo cada número de la obra del santo obispo de Hipona a fin de ir facilitando, en la medida de lo posible, su comprensión.

El trabajo que presento sigue la traducción de José Cosgaya publicada por la BAC en 2013, y no tiene otra pretensión que la de servir de ayuda al lector que se acerca por primera vez a esta célebre obra del santo doctor de la Iglesia para un sencillo entendimiento del relato.

Este resumen puede leerse antes o después de abordar el texto de las *Confesiones*, o bien de forma continua, a modo de síntesis de la obra.

Espero que la oportunidad que la revista *La Ciudad de Dios* me ha brindado de publicarlo en tres números sirva de provecho a alguno.

Confesiones X 1,1

Agustín comienza el libro décimo de sus *Confesiones* en una especie de arrebato místico en el que se siente traspasado por la mirada de Dios, al que ofrece su alma como morada, preparada a gusto de Dios. ¡Cómo le agradaría a Agustín conocer a Dios como es conocido por Él!

Dios ama la verdad y conoce bien la verdad de Agustín; ésta es precisamente la que el propio Agustín se propone comunicar a sus lectores.

Confesiones X 2,2

La conciencia humana está patente a la mirada de Dios, para quien no hay secretos; tratar de ocultar algo a Dios sólo tiene como consecuencia que es Dios quien queda escondido al hombre.

1 En atención al lector que no conoce las dos partes anteriores de este resumen, repetimos aquí la presentación del trabajo, para que le ayude a ponerse en situación.

Agustín confiesa a Dios con palabras del alma y gritos del corazón, expresando disgusto por sus pecados y agradeciéndole sus dones. Lo que comunica a los hombres en sus *Confesiones* no se desvía un ápice de lo que el mismo Dios sabe de él.

Confesiones X 3,3

Se pregunta qué interés pueden tener los hombres en conocer sus intimidades. Piensa que el diálogo que él sostiene con Dios puede dar pie a que sus lectores entren también en un diálogo personal con Dios que les ayude a conocerse a sí mismos. Ciertamente tendrán que creer su propio relato (pues sólo el espíritu del hombre conoce lo que hay en el hombre) con una fe que brota de la caridad, la cual unifica a los que se aman.

Confesiones X 3,4

Pregunta a Dios qué fruto pueden sacar los lectores de sus *Confesiones*. Entiende que la confesión de sus pecados ya perdonados puede servir a los pecadores de «despertador del corazón» para que no se hundan en la impotencia, sino que confíen en la misericordia de Dios. Y a los buenos les servirá de consuelo recordar los males de que han sido librados por la misericordia de Dios, cuando vean lo que la gracia de Dios ha obrado en Agustín para ser lo que es al presente. Insiste en la sinceridad de su confesión, que los buenos admitirán en virtud de la caridad «por la cual son buenos».

Confesiones X 4,5

Agustín dirige sus *Confesiones* a quienes lo aman –unos que lo conocieron y otros que no lo han conocido personalmente. Todos ellos se congratularán de la obra realizada por Dios en él y deploren su demora en el camino hacia Dios por culpa de su pesantez, rogando por él. Quede claro que «lo bueno que hay en mí es obra y don tuyo. Mis males son culpas mías y castigos tuyos». Ruega a Dios que corrija lo que hay en él de imperfecto.

Confesiones X 4,6

Hace sus confesiones antes Dios y ante los hombres creyentes, partícipes de su alegría y compañeros de peregrinación y de vida, a cuyo servicio lo ha puesto el Señor.

Consciente de su flaqueza, se siente como un parvulito, pero tutelado y defendido por un padre todopoderoso, que está con Agustín incluso antes de que Agustín esté con Él.

Confesiones X 5,7

Confesará lo que conoce de sí y también lo que desconoce, pues ni aun el espíritu del hombre se conoce plenamente a sí mismo. Tan sólo Dios conoce enteramente todas las cosas porque las ha creado. Incluso estando más cerca de sí que de Dios, Agustín conoce una cosa de Dios que desconoce de sí: sabe a ciencia cierta que Dios es absolutamente inviolable, pero desconoce qué tipo de tentaciones puede él superar y cuáles no puede, aunque está seguro de que Dios es fiel y no permite que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas.

Confesiones X 6,8

Profesa con total rotundidad su amor a Dios, que ha herido su corazón con su palabra. Pero también el cielo y la tierra le dicen a él y a todos los hombres que amen a Dios.

Ahora bien, ¿qué es lo que ama Agustín cuando ama a Dios? No una belleza corporal, o una armonía temporal, ni cualquier otra sensación que se puede captar por los sentidos, aunque no les es del todo ajeno, pues Dios es cierta luz, voz, fragancia, comida y abrazo del hombre interior, en el que resplandece una luz no espacial, resuena un sonido intemporal, perfuma un olor imperecedero, se saborea una comida que no se consume y la unión puede durar sin hastío. «Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios».

Confesiones X 6,9

Esto no es la tierra ni el mar ni el aire ni el cielo de los astros ni nada de lo que está fuera del hombre. Agustín fue preguntando a cada

cosa que le dijeran algo de Dios, y todas le fueron gritando con fuerza que ellas no eran su Dios. «Mi pregunta era mi mirada; su respuesta era su belleza».

Entonces se preguntó a sí mismo: «“¿Y tú quién eres?” Yo contesté: “Un hombre”, equipado de un cuerpo exterior y un alma interior. De los dos, «el elemento interior es el más selecto», pues a él presentan sus informes los sentidos, que coinciden en una respuesta unánime de todo el universo acerca de Dios: «“Yo no lo soy. Él ha sido quien me ha hecho”».

Confesiones X 6,10

Si tan claramente habla el mundo de Dios, ¿por qué no todos lo entienden? Porque no todos comprenden su lenguaje. Los animales, por ejemplo, ven la belleza del universo pero carecen de la razón para hacerse preguntas y juzgar. En cuanto a los hombres, aquellos que se dejan esclavizar por el amor a las criaturas experimentan que se apaga en ellos la inteligencia que permite ver a Dios a través de las criaturas. «Estas realidades creadas no contestan a quienes preguntan, si éstos no saben juzgar». Es preciso confrontar el mensaje exterior que transmiten los sentidos, con la verdad que reside en el interior. Y la verdad enseña que no puede ser Dios algo que puede crecer o menguar y que está compuesto de partes. De ahí que el alma espiritual y simple sea mejor que el cuerpo al que vivifica; pero es inferior a Dios, «la vida de tu vida».

Confesiones X 7,11

Agustín reitera la pregunta del número 6,8: «¿Qué es lo que amo cuando amo a mi Dios?», el cual está por encima del alma. Para llegar a Él habrá de trascender su potencia vital (su alma animal), que le es común con los animales irracionales, con los que también comparte la capacidad de sentir, diversificada en los sentidos. Un solo espíritu es capaz de realizar acciones diversas por medio de los sentidos. Pero tampoco por las sensaciones puede remontarse a Dios. Habrá, pues, de seguir escalando.

Confesiones X 8,12

Llega así a los amplios salones de la memoria donde se han ido almacenando las incontables imágenes acarreadas por los sentidos, imágenes reelaboradas por el pensamiento, ampliadas, reducidas, transformadas.

Están depositadas como en compartimientos secretos, de donde salen y se presentan al evocarlas, unas de manera atropellada o confusa, otras con facilidad y orden.

Confesiones X 8,13

Todas las cosas que se introdujeron en la memoria se conservan clasificadas por especies, según su puerta de acceso: los ojos, los oídos, etc., para recordarlas en caso de necesidad.

Ahora bien, no son las cosas mismas las que se introducen en la memoria, sino las imágenes de las cosas. Nadie sabe cómo se han formado estas imágenes, aunque es evidente el conducto por donde han entrado. Se encuentran a disposición del pensamiento, que las recuerda como y cuando le place, de forma discriminada (los colores, los sonidos...) y no confusa, de modo que –simplemente en el recuerdo- prefiero lo suave a lo áspero.

Confesiones X 8,14

En la memoria, cobran vida las sensaciones que hemos experimentado del cielo, la tierra y el mar. En ella, me acuerdo de mí mismo, de mis acciones y de las circunstancias del tiempo y lugar donde las hice y de los sentimientos que tuve al realizarlas.

A los recuerdos del pasado se yuxtaponen las experiencias recientes, que después de cotejarlas con las pasadas, permiten proyectar para el futuro. Todo ello, gracias a las imágenes guardadas en la memoria.

Confesiones X 8,15

Se asombra Agustín de la increíble potencia de la memoria y se admira con estupor ante su naturaleza que, siendo una potencia del

espíritu del hombre, sin embargo no abarca cuanto se contiene en el propio espíritu.

Hace una bella reflexión acerca de las maravillas que hay en el hombre interior, que nada tienen que envidiar a las maravillas de la naturaleza. Es más, todas las maravillas de la naturaleza se encuentran en imagen en la memoria del ser humano, pues de no ser así no las podría nombrar.

Confesiones X 9,16

En la memoria, se encuentran también las nociones de las artes liberales: «¿qué es literatura?, ¿qué es dialéctica?» Son nociones espirituales, que no ocupan lugar. En su caso, no son sus imágenes las que se encuentran en la memoria, sino «las cosas mismas».

Confesiones X 10,17

Existe un consenso en que hay tres clases de cuestiones: existencia, esencia y cualidad de una cosa. Estas nociones se encuentran en la memoria, pues podemos recordarlas y pensarlas. Ahora bien, no han podido entrar por los sentidos pues no tienen aspecto material.

A lo sumo, pueden haber sido despertadas por las palabras de los maestros de forma que las hayamos reconocido como verdaderas por nuestra inteligencia y luego las hayamos encomendado a la memoria. Estaban ya dentro de nosotros, pero ¿dónde?

Confesiones X 11,18

Muchas son las nociones inmateriales que almacena la memoria, no por medio de imágenes, sino en sí mismas. Se encuentran en ella de una manera dispersa y desordenada. Una adecuada instrucción nos ayuda a descubrirlas y aprenderlas. Es una operación como de recolección, reagrupamiento y ordenación, por donde se ha venido a designar la operación de pensar con el verbo «cogitare».

Confesiones X 12,19

También se contienen en la memoria las nociones espirituales de la aritmética y la geometría, que, aunque puedan expresarse con pala-

bras o representarse con imágenes, sin embargo son distintas e independientes de ellas pues no están vinculadas a una lengua concreta o a un signo determinado, sino que son de una calidad superior.

Confesiones X 13,20

Reconoce Agustín que no sólo almacena en la memoria las nociones espirituales que viene refiriendo sino los falsos argumentos de los contradictores, que también son recuerdos verdaderos. Como son verdaderos los recuerdos de las distinciones que ha hecho cada vez que ha pensado en este asunto, al igual que hace al presente. También la reflexión actual la encomienda a la memoria para que esté disponible para el futuro. «Por tanto, me acuerdo de haberme acordado».

Confesiones X 14,21

La memoria almacena también los sentimientos del espíritu, aunque conforme a la naturaleza de la memoria, que consiste en guardar unos datos objetivos sin verse afectada en la forma en que lo fue el espíritu al experimentar el sentimiento. Eso explica que pueda recordar un estado pasado de alegría estando triste actualmente.

Esta distinción se comprende fácilmente en relación con el cuerpo, pues éste es distinto del espíritu, por lo que «no tiene nada de extraño que me haya acordado con alegría de un dolor corporal». Pero no es tan claro que, siendo la memoria espíritu, pueda compaginarse un recordatorio alegre de una tristeza del espíritu. Lo explica comparando a la memoria con el vientre, que recibe el bolo alimentario, dulce o amargo en la boca, pero insípido en el estómago.

Confesiones X 14,22

En la memoria, se encuentran las cuatro pasiones básicas del espíritu: deseo, alegría, temor y tristeza. De allí las toma el pensamiento para analizarlas y definirlas. De estas pasiones, no sólo se encuentran en la memoria los sonidos de las palabras o las imágenes impresas en ella por los sentidos del cuerpo, sino las nociones de las cosas mismas (las pasiones), que, siendo espirituales, no entraron en la memoria por los sentidos, aunque Agustín parece admitir una doble fuente de las

nociones de las pasiones que hay en la memoria: la experiencia y la presencia innata.

Confesiones X 15,23

Por ejemplo, de la piedra o del sol, lo que hay en la memoria son las imágenes, no las cosas mismas. Lo mismo del dolor físico o de la salud corporal, pues no podría recordarlas si su imagen no estuviese en mi memoria. Sin embargo, los números que empleamos en el cálculo no están en mi memoria en imagen sino en su misma realidad. También la noción de memoria está presente en mi memoria pues, de otro modo, no la reconocería al nombrarla. Pero ¿cómo está presente?, ¿en su imagen o por su misma realidad?

Confesiones X 16,24

Más enigmático resulta explicar cómo el olvido se encuentra en la memoria. Pues olvido significa privación de memoria. Cuando el olvido hace presencia, se anula la memoria; sin embargo, de alguna forma está presente en el recuerdo para que lo reconozca al nombrarlo. Luego se ha de distinguir el olvido en sí y la noción de olvido.

Confesiones X 16,25

El mismo Agustín declara que le fatiga un asunto tan intrincado como es la presencia del olvido en la memoria. Pues ciertamente se encuentra en ella, ya que puede pensarlo; pero, a la vez, su presencia en acto conlleva el borrado del recuerdo. Quizá la experiencia de haber perdido de la memoria algo que sabe que tenía es lo que ha formado en ella la imagen del olvido.

Siendo la memoria una potencia de su espíritu, sin embargo se siente incapaz de comprender la fuerza de su memoria, sin la cual no sería capaz ni de reconocerse a sí mismo.

Confesiones X 17,26

San Agustín se asombra de la infinita complejidad de la memoria, potencia del espíritu, al que identifica con el hombre mismo. Y

se hace una pregunta antropológica importante: «¿Qué soy yo, pues, Dios mío? ¿Cuál es mi naturaleza?» A la que responde: «Una vida cambiante, multiforme e inmensa hasta no más».

Repasa los recuerdos que guarda la memoria, unos, en imagen, como los cuerpos; otros, presentes en sí mismos, como las artes; otros, bajo la forma de ciertas nociones o improntas mentales, como los sentimientos.

Entiende Agustín que, para llegar hasta Dios (que es lo que viene intentando), ha de trascender su memoria, no sólo en lo que tiene en común con los irracionales, sino también en lo específico del espíritu humano. Si bien, eso no significa que Dios no se encuentre en la memoria del hombre, pues si no ¿cómo podría reconocerlo?

Confesiones X 18,27

En efecto, sólo podemos encontrar un objeto que hemos perdido si guardamos su recuerdo en la memoria para contrastarlo con las cosas que se nos presentan para su reconocimiento.

Confesiones X 19,28

Si lo que se nos ha perdido es un recuerdo que guardábamos en la memoria (como, por ejemplo, el nombre de una persona), y si el borrado no ha sido total, lo podemos recuperar, a partir de la huella (aunque débil) que de ese recuerdo ha quedado en la memoria.

Confesiones X 20,29

El propósito de Agustín es el de llegar a Dios. Da por supuesto que buscar a Dios es buscar la felicidad (al menos éste es su caso). (Se podría invertir la frase diciendo que buscar la felicidad es buscar a Dios). Ahora bien, la felicidad sólo la experimenta el hombre feliz. Aunque, incluso el que no es plenamente feliz busca la felicidad, pues todo el mundo la busca. Luego se puede buscar la felicidad sin haberla experimentado plenamente, aunque no sin tener alguna noción de ella, pues no la desearíamos si no la conociésemos.

Confesiones X 21,30

Va discurriendo acerca de la naturaleza del conocimiento que tienen de la felicidad quienes la desean sin poseerla plenamente y descarta que sea como el recuerdo que tienen de Cartago quienes han visitado la ciudad, pues Cartago es corpórea mientras que la felicidad es una experiencia espiritual. Tampoco se parece al recuerdo que tenemos de los números, cuyo conocimiento no conlleva el deseo de poseerlos. Ni se asemeja al recuerdo que tenemos de la elocuencia, que, quienes desean ser elocuentes la conocen de haber apreciado, por los sentidos corporales, la elocuencia ajena. Sin embargo, la felicidad no la conocemos mediante los sentidos corporales.

Concluye Agustín que el recuerdo que tenemos de la felicidad se parece al recuerdo que tenemos del gozo: ambos se pueden evocar en medio de la tristeza, ambos son de carácter espiritual. La experiencia del gozo ha formado su noción en la memoria.

Confesiones X 21,31

No hay ni un solo hombre que no desee ser feliz. Ahora bien, eso requiere tener una idea clara de lo que eso significa, noción que sólo se logra por la experiencia. Pues bien, esta noción la tenemos todos en la memoria.

Confesiones X 22,32

Todos concebimos la felicidad como una especie de gozo, pero no cualquier gozo da la felicidad. «La felicidad consiste en el gozo que viene de ti, que va a ti y que se motiva en ti».

Confesiones X 23,33

Esto explica que, queriendo todos gozar, no todos quieran la verdadera felicidad, que es gozarse de Dios. Todos desean el goce; todos aman la verdad: esto es la felicidad, el goce de la verdad. ¿Por qué, pues, no todos los hombres son felices? «Porque predominan en ellos las preocupaciones de otras cosas que les hacen más infelices que lo que les hace felices aquello que tan tenuemente recuerdan».

Confesiones X 23,34

Se da la paradoja de que todos los hombres aman la felicidad, que es el goce de la verdad. Pero no siempre coincide la Verdad con mayúscula con lo que algunos consideran su verdad. Mas, como no admiten que se les diga que se engañan, se empeñan en ahormar la Verdad a su verdad y odian a la Verdad, que denuncia su conducta. Esto es debido a la enfermedad del espíritu humano, que sólo podrá ser feliz gozando «de la única Verdad que hace que sean verdaderas todas las cosas».

Confesiones X 24,35

Vuelve la vista al recorrido que ha hecho por su memoria buscando en ella a Dios. Y concluye que Dios reside en su memoria desde el día en que lo conoció, es decir, desde que descubrió la Verdad, que es el mismo Dios. «En ella te encuentro cuando me acuerdo de ti y me deleito en ti».

Confesiones X 25,36

Se pregunta en qué lugar de su memoria se encuentra Dios, si es que se puede hablar de lugares en la memoria. Resume el recorrido que ha hecho por su memoria constatando que no encontró a Dios entre las imágenes de las cosas corpóreas, ni en la zona de los sentimientos del espíritu, pues Dios no es el espíritu del hombre, sino el Señor del espíritu; éste, mudable; Dios, en cambio, inmutable.

Confesiones X 26,37

Si antes de conocer a Dios, no se encontraba en su memoria, ¿dónde lo encontró para conocerlo? «En ti sobre mí»; en «un puesto de preferencia en todas partes para responder a los que te consultan». Dios responde siempre con claridad a los que lo consultan aunque no todos lo oyen con claridad. Quien lo consulta ha de hacerlo con honestidad y traducir con fidelidad, en su vida, la respuesta de Dios.

Confesiones X 27,38

Bella oración en que Agustín lamenta su tardanza en amar la hermosura de Dios. Es verdad que lo buscó a lo largo de su vida, pero lo buscó en las criaturas, por fuera de sí, mientras que lo tenía dentro. Finalmente Dios se le ha manifestado con voz poderosa, como luz resplandeciente, como perfume seductor, como alimento sabroso y como tacto ardoroso, quedando enteramente hechizado por Dios.

Confesiones X 28,39

En el momento de escribir sus *Confesiones*, Agustín se reconoce en proceso de lograr la unión con Dios, pero siente que avanza aún pesadamente, dificultado por los recuerdos de las antiguas alegrías y por las molestias que ha de soportar. Y es que la vida humana sobre la tierra es una prueba, hecha de dificultades que sobrellevar. En los momentos prósperos, somos probados por el temor a la adversidad y la contaminación de la alegría; en los momentos adversos, por las ansias de bienestar, por la dureza de la misma adversidad y por el riesgo de que se quiebre su resistencia.

Confesiones X 29,40

En el fragor de la lucha, toda la esperanza de Agustín está depositada en la misericordia de Dios, que da lo que manda, a quien se lo pide. Manda la contenencia –que había de devolver al espíritu la unidad desde la que se dispersó en los amores a las criaturas–, pues «te ama menos aquel que ama contigo alguna cosa que no ama por ti»; y comoquiera que nadie puede ser continente si Dios no se lo concede, obrará sabiamente pidiéndosela a Dios.

Confesiones X 30,41

Tres tipos de tentaciones debe resistir el cristiano: las apetencias de la carne, los deseos de los ojos y la ambición del mundo. Con la gracia de Dios, logró abstenerse de la convivencia carnal, pero aún están vivas en su memoria las imágenes de los antiguos placeres, que se le insinúan lánguidos en el estado de vigilia, pero vigorosos, a veces, en el sueño.

Dada la gran diferencia entre ambos estados, se pregunta Agustín si es que no es él mismo en vigilia y dormido. Y no le falta motivo para preguntarse, pues, en el estado de sueño, no actúa la voluntad.

Confesiones X 30,42

Confía en que la gracia de Dios irá moldeando progresivamente su sensibilidad de tal forma que aun en sueños obre castamente.

Confesiones X 31,43

Otra prueba ha de afrontar el cristiano, la de la comida y la bebida. Ambas acciones son necesarias para restaurar las fuerzas y mantener la vida. Hasta ahí está clara la bondad de ambas acciones posibilitada por los dones de Dios. Pero desde el momento en que la satisfacción de la necesidad se hace placentera, Agustín desconfía de la suavidad o gusto por la comida y la bebida, que podrían pasar de ser un medio a convertirse en un fin, adulterando la misma religión, convertida en idolatría.

Confesiones X 31,44

Agustín ha llegado a la conclusión de que la comida y la bebida han de tomarse como la medicina para la salud. Como es difícil distinguir la satisfacción estricta de la necesidad, del mero placer de comer y beber, él se entrena mediante el ayuno para no perder el control de sus apetitos corporales.

Confesiones X 31,45

El Señor nos exhorta a estar en vela frente al desenfreno y la embriaguez; a controlar los apetitos y refrenar los deseos; a vivir con austeridad contentándonos con lo que tenemos: todo ello es gracia de Dios, que hay que pedir confiadamente.

Confesiones X 31,46

Todos los alimentos son puros pues son don de Dios, que hay que tomar con acción de gracias. «Personalmente –dice Agustín- no temo la impureza de los alimentos, sino la impureza de mis apetitos».

Confesiones X 31,47

En efecto, es muy difícil diferenciar la satisfacción de la necesidad, de la búsqueda de placer en la comida y la bebida, por lo que «las riendas del apetito han de manejarse con equilibrio y moderación».

Confesiones X 32,48

Prosigue por los orígenes de los diferentes placeres sensoriales, que pueden distraer y dispersar al alma, del superior y único Bien necesario, que es Dios.

Confiesa que los perfumes no le causan ningún problema, aunque no por eso se siente seguro, dado lo cambiante que es el hombre. La única promesa firme que tiene es la misericordia de Dios.

Confesiones X 33,49

Más complacencia que los perfumes suscita en Agustín el canto, aunque no hasta el punto de apegarse a él. Le reconoce la funcionalidad de estimular el fervor y la piedad, aplicado a los textos sagrados. Pero se ha de estar vigilante para que la melodía no prevalezca sobre el texto oracional, sino que permanezca a su servicio.

Confesiones X 33,50

A veces, se siente tentado a eliminar el canto en la liturgia o reducirlo a un simple recitado, pero entiende que, cuando se canta con una voz nítida y una modulación pertinente, el canto es útil para estimular la piedad de los espíritus lánguidos.

Confesiones X 34,51

Aborda la última de las concupiscencias carnales, la del placer de la vista. «Los ojos aman las formas bellas y variadas, los colores nítidos y frescos». Estas realidades son muy buenas. El peligro está en que el alma quede cautivada por estos objetos, en vez de que sea Dios quien la captive, el Bien sobre todo bien. La luz, reina de los colores, todo lo baña y lo acaricia, y sostiene el espíritu del hombre.

Confesiones X 34,52

Más preciosa que la luz corporal es la luz espiritual con que Tobías enseñaba a su hijo el camino de la vida; con la que Isaac bendijo clarividentemente a sus hijos; y con la que Jacob pronunció una bendición profética sobre las generaciones del pueblo futuro.

En cambio, la luz corporal difunde una dulzura atrayente y peligrosa sobre la vida de este mundo. Los que, a través de ella, aprenden a alabar al Creador la acogen como un himno a Dios. Esto es lo que pretende Agustín para no tropezar en el camino del Señor.

Confesiones X 34,53

Sobrepasando el mero uso práctico de los objetos, los artistas han derrochado su arte creando objetos de gran belleza para solaz de los ojos. Agustín levanta su mirada a la fuente de toda belleza de la que bebe el alma de los artistas y la transmite a sus creaciones.

El mismo Agustín reconoce que no siempre procede con esta altura de miras quedándose atrapado en las cosas bellas.

Confesiones X 35,54

Trata ahora de una tentación más peligrosa que la concupiscencia de la carne; la llamada concupiscencia de los ojos. Ésta pretende alcanzar conocimiento experiencial de la realidad, movida por la curiosidad. Aunque se la llame concupiscencia de los ojos, se aplica, por analogía, a los demás sentidos cuando exploran alguna cosa para conocerla.

Confesiones X 35,55

Los sentidos son fuente de conocimiento del mundo, gracias a los cuales nos sentimos adaptados a él. Por medio de los sentidos percibimos la belleza y armonía del mundo, y en ello nos gozamos. Pero también se da otra búsqueda curiosa de sensaciones extrañas, como es la contemplación de un cadáver despedazado. De esta perversión morbosa de la curiosidad dimana la exhibición de todo tipo de monstruos en los espectáculos, el deseo de descubrir los secretos de la na-

turaleza por el mero hecho de conocerlos, la indagación por medio de las artes mágicas, o la actitud de tentar a Dios pidiéndole prodigios, por el simple hecho de experimentarlos.

Confesiones X 35,56

Confiesa que ninguna concupiscencia de los ojos referida absorbe su atención ni su vana curiosidad, y le pide al Señor que siempre sea así.

Confesiones X 35,57

Sin embargo, hay otro montón de cosas menudas que tientan a diario su curiosidad y, con frecuencia, se deja llevar de ella, como es el caso del galgo persiguiendo a la liebre, o la araña cazando moscas... Atraen su atención y lo desvíán de pensamientos elevados o incluso lo distraen en la oración. Bien es verdad que procura elevarse de las criaturas al Creador, pero «una cosa es levantarse y otra no caer».

Confesiones X 36,58

Ante tantas ocasiones de pecado, se siente un tanto descorazonado, aunque sostenido por la esperanza en la misericordia de Dios, que ha iniciado en él la obra de la conversión concediéndole el reconocimiento de su pecado; perdonando sus maldades y curando sus achaques, y satisfaciendo su deseo de los bienes de Dios. Tras una orgullosa resistencia, lleva humilde el yugo suave de Dios.

Confesiones X 36,59

Considera ahora un tercer grupo de tentaciones que tienen su raíz en el orgullo alimentado por las alabanzas de los hombres. A esta tentación están especialmente expuestos los que ostentan cargos en la sociedad humana.

Los que desempeñan estos cargos (como es el caso del obispo Agustín) precisan hacerse amar y temer por los hombres. Los súbditos halagan continuamente los oídos de sus superiores con palabras lisonjeras. El peligro que corren los constituidos en autoridad es el de

apropiarse las alabanzas atribuyéndose el mérito y complaciéndose en ellas al margen de Dios. El remedio es reconocer el don de Dios y recibirlo con acción de gracias.

Confesiones X 37,60

Repara en lo difícil que resulta calibrar hasta qué punto uno está libre de la autocomplacencia, pues, para comprobarlo, habría de despojarse de los motivos de la alabanza (las obras buenas), lo que no es aceptable.

Confesiones X 37,61

San Agustín declara que le encanta ser alabado, no tanto por la alabanza en sí cuanto por la verdad de la alabanza (es decir, las bondades que son objeto de alabanza). En este sentido, no le gustaría que la aprobación o desaprobación de otro alterara la intensidad de su satisfacción personal.

(Sigue discurriendo por tan sutiles matices del sentimiento que aun él mismo reconoce que no se siente seguro).

Confesiones X 37,62

Entiende que, en los elogios que le tributan, debería tener más en cuenta el provecho del prójimo que sabe apreciar las buenas obras y las buenas cualidades, que su satisfacción personal. En cambio, observa que se siente menos afectado cuando se critica injustamente a otro que cuando se le censura a él; o que le molesta más el ultraje que se dirige contra su persona que el mismo ultraje que, en su presencia, se infiere a otro. Y pide a Dios que le ayude a confesar ante los hermanos todas las llagas que descubra en sí.

Confesiones X 38,63

San Agustín se siente más cómodo reconociéndose pecador que implora la misericordia de Dios que siendo objeto de alabanza por sus palabras y obras. Esto pone a prueba su modestia sometiéndolo a la tentación del amor a la alabanza. Él la desecha, pero la tentación

se camufla entonces bajo la forma de ostentación del desprecio de la vanagloria.

Confesiones X 39,64

Detectedo otro mal, que consiste en la autocomplacencia, aun sin contar con la aprobación de los demás. Los que se complacen en sí mismos desagradan al Señor al apropiarse de sus dones, y más aún si envidian los favores que Dios hace a los demás. «En todos estos peligros y trabajos y en otros parecidos puedes ver cómo tiembla mi corazón», le dice al Señor.

Confesiones X 40,65

Resume su peregrinación en busca de Dios guiado por la Verdad: por el mundo exterior, por su cuerpo, por su memoria, descubriendo que ninguna de estas cosas es Dios; tampoco, su persona se puede identificar con Dios, «porque Tú eres la luz permanente a quien yo acudía para consultar sobre la existencia, naturaleza y valor de todas las cosas». En este punto, comunica a los lectores una confidencia que revela el camino agustiniano de la interioridad: «Sigo haciendo esto con frecuencia. Me llena de gozo. Por eso, tan pronto como tengo posibilidad de liberarme de los quehaceres forzados, me refugio en este placer». Sólo en Dios encuentra, Agustín, un lugar seguro para su alma, donde recogerse de las disipaciones.

Confesiones X 41,66

Dios es la verdad, que lo preside todo. Cuando aún la estaba buscando, percibió su resplandor y quiso poseerla pero sin cambiar su modo de vivir; de manera que se sintió como rechazado, pues la verdad no acepta que la posean a medias con la mentira.

Confesiones X 42,67

Siendo incapaz de acercarse a Dios por sí mismo, necesitaba la mediación de uno que tuviera algo en común con Dios y con los hombres. Algunos, buscando un mediador, se echaron en manos de las

potencias del aire (los demonios), alardeando de ciencia y visiones extravagantes.

Confesiones X 43,68

Pero el único Mediador entre Dios y los hombres es el hombre Cristo Jesús, verdadero hombre e igual a Dios, que destruyó la muerte, introducida por el pecado, y se convirtió en causa de salvación por la fe.

Confesiones X 43,69

Llegando al final del libro décimo, Agustín prorrumpió en exclamaciones de amor y gratitud a Dios: «¡Cómo nos amaste, Padre bueno!»; ¡cómo nos amó tu Hijo único, que, por nosotros, se hizo vencedor y víctima, sacerdote y sacrificio! En Él, pone la esperanza de ser sanado de todas sus debilidades. De no ser así, sólo le quedaría la desesperación.

Confesiones X 43,70

Pensó en huir a la soledad, pero el Señor lo requirió para continuar su obra redentora. En Él deposita sus preocupaciones y espera ser instruido y sanado por Él, y saciarse de Él en compañía de quienes, con él, lo comen y se sacian.

Confesiones XI 1,1

Una vez más, Agustín declara el propósito de sus *Confesiones*, que no es el de informar a Dios, sino el de estimularse a sí mismo y a sus lectores a corresponder al amor de Dios. Al confesar nuestras miserias y las misericordias de Dios, manifestamos nuestros sentimientos hacia el Señor para que complete en nosotros su obra de salvación.

Confesiones XI 2,2

Quisiera exponer a sus lectores todos los recursos de que se ha valido el Señor hasta convertirlo en pastor de su pueblo; pero se lamenta

de escasez de un tiempo precioso, que quiere dedicar a la meditación de la ley de Dios.

Confesiones XI 2,3

El Señor conoce la sinceridad con que desea ser útil a los hermanos, y le pide insistenteamente que le revele el secreto que ha depositado en las Escrituras, las cuales se propone considerar desde la creación del cielo y la tierra hasta el reino eterno de la ciudad santa.

Confesiones XI 2,4

Suplica a Dios, por su Hijo Jesucristo, que atienda su deseo sincero de penetrar en las intimidades de sus palabras, en los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que ha guardado en los libros sagrados.

Confesiones XI 3,5

En concreto, desea comprender cómo Dios hizo el cielo y la tierra en el principio. Para ello, atenderá al relato de Moisés, que lo ha dejado escrito, y lo contrastará con la verdad, que habita en su interior: ésta le dará seguridad de haberlo entendido correctamente.

Confesiones XI 4,6

Es evidente que existen el cielo y la tierra, que, con su mutabilidad, proclaman que han sido creados. Y como no han podido crearse a sí mismos, apuntan al Creador, y refieren a Él su ser, su bondad y su hermosura.

Confesiones XI 5,7

Pero ¿cómo hizo Dios el cielo y la tierra? No como realiza sus creaciones el artista humano, que parte de una materia prima, en la que plasma su idea valiéndose de instrumentos. Pero incluso el cuerpo con que obra y el espíritu del que brota la inspiración le son dados al artista. En cambio, Dios lo hizo todo de la nada, pues, antes de crear el cielo y la tierra, ni había material que modelar ni instrumento con

que manipularlo ni siquiera espacio donde colocar el universo. Lo creó todo con el poder de su palabra.

Confesiones XI 6,8

Se pregunta por la naturaleza de las palabras con que Dios creó el mundo y responde que no fueron palabras físicas, compuestas de sílabas y con una duración temporal, y, por tanto, pertenecientes al orden de lo creado; sino una Palabra divina y eterna, incomparablemente mayor que cualquier criatura.

Confesiones XI 7,9

La Palabra con que Dios se expresa plenamente es divina y eterna, y contiene eternamente cuanto está llamado a ser. En la Palabra de Dios está simultáneamente presente todo cuanto puede llegar a ser, pues de lo contrario la Palabra sería mudable y no sería Dios. Eso no implica que todas las cosas vengan a la existencia simultáneamente desde la eternidad.

Confesiones XI 8,10

Que todo está contenido en la Palabra de Dios o razón eterna, significa que hasta los tiempos en que cada criatura ha de comenzar a ser o dejar de ser están consignados en la Palabra, que es también el Principio, es decir, la fuente u origen de toda realidad.

La Palabra se hizo carne y nos instruyó con palabras humanas para llevarnos al conocimiento de la Verdad eterna, que el Maestro bueno nos enseña dentro de nosotros.

Confesiones XI 9,11

Dios lo creó todo en su Palabra, Principio de cuanto es, Verdad de toda la realidad y Sabiduría de Dios, que instruye en su interior a los espíritus transparentes. Por eso, Agustín pide al Señor que lo limpie de todas sus maldades.

Confesiones XI 10,12

Algunos se preguntan que, si Dios creó el cielo y la tierra en un momento dado, ¿eso no significa que hasta entonces se encontraba ocioso? Lo cual –dice san Agustín– supone que se produjo una novedad, un cambio en Dios –de inactivo a creador–, y cuestionaría su eternidad inmutable. «Pero si la voluntad de Dios de que existiese la criatura era una voluntad eterna, ¿por qué no va a ser eterna también la criatura?»

Confesiones XI 11,13

Esta consideración mezcla y confunde el tiempo y la eternidad, que son incomparables, de calidades totalmente distintas. Pues «mientras que, en la eternidad, nada es pasajero», la naturaleza del tiempo es pasar, sucediendo el futuro al pasado, siendo ambos «creación y derivación del eterno presente».

Confesiones XI 12,14

¿Qué hacía, pues, Dios antes de crear el cielo y la tierra? –preguntan algunos-. Dado que, por cielo y tierra, se entiende la totalidad de todo lo creado, es evidente que, antes de crear la primera criatura, Dios no realizó ninguna acción creadora. En este sentido, dice san Agustín que Dios no hacía nada con respecto a la creación (no habla de la vida íntima de Dios).

Confesiones XI 13,15

La pregunta por la inactividad de Dios durante siglos sin fin antes de crear el mundo es falsa en su formulación, pues también el tiempo es creación de Dios y, por tanto, no se puede hablar de siglos antes de la creación del mundo.

Confesiones XI 13,16

Así pues, la precedencia de Dios sobre la creación no es cronológica, ya que entonces Dios se situaría en la línea infinita de los siglos en la que habría algo que lo precedería. La preeminencia de Dios

sobre las criaturas es de cualidad: Él es eterno, en quien no hay sucesión, sino que todo en Él es presente: «Tus años son un solo día».

Confesiones XI 14,17

La pregunta por lo que hacía Dios antes de crear el mundo es improcedente pues supone falsamente que Dios es temporal cuando resulta que el tiempo es también criatura de Dios. Dios es estable mientras que el tiempo es, por naturaleza, pasajero.

«¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé, pero si trato de explicárselo a quien me pregunta, no lo sé». Cuando hablamos del tiempo, todos sabemos a qué nos referimos. Es la sucesión de los instantes. El instante actual es presente; pero se convierte raudo en pasado y, con la misma celeridad lo suple el futuro. Ni existe ya el pasado, ni es aún el futuro, ni podemos retener el presente. El tiempo es, pues, la continua sucesión de instantes; en definitiva, no es nada aprehensible. Así pues, «no podemos hablar propiamente de existencia del tiempo sino en cuanto tiende a no existir».

Confesiones XI 15,18

Cuando decimos que un tiempo es largo o breve, ¿a qué nos referimos exactamente? Consideramos largo un tiempo de cien años, y breve, un periodo de diez días. Pero es incorrecto decir que el siglo transcurrido es un tiempo largo, o que los diez días que faltan es un periodo breve, pues, en verdad, ni el uno ni los otros existen. En todo caso, habría que decir que el siglo transcurrido fue largo cuando era presente, es decir, cuando existía.

Confesiones XI 15,19-20

Pero si consideramos con atención que el siglo contiene cien años, convendremos que los cien años no existen a la vez, sino que, instante a instante, van pasando del futuro por venir al pasado transcurrido, con lo que lo único real del siglo es el instante presente, que se nos escapa de las manos.

Confesiones XI 16,21

En la vida real, medimos y comparamos los intervalos de los tiempos mientras que pasan; pues una vez que han pasado ya no se pueden medir puesto que no existen.

Confesiones XI 17,22

A pesar de que, en teoría, parece que habría que negar la existencia de los tiempos pasado y futuro, sin embargo, Agustín considera sensata la apreciación del sentido común de que son tres los tiempos: pasado, presente y futuro, pues si no existiera el futuro, no podría ser predicho; y si no existiera el pasado, no podría ser contado.

Confesiones XI 18,23

Si el pasado puede ser contado, y el futuro, predicho, es que existen presentes de alguna forma, no en su realidad, porque, por ejemplo, la niñez de Agustín ya no existe, pero ha dejado unas huellas en su memoria, que son actuales y que pueden ser expresadas con palabras. De modo semejante premeditamos el futuro, y esa premeditación está presente aunque la acción sea futura.

Confesiones XI 18,24

Se entiende mejor con un ejemplo. Vemos la aurora como presente y predecimos la salida del sol, que es futura y, como tal, aún no existe. Lo presente es la aurora y las imágenes con que nos figuramos la salida del sol: ésta aún no existe, como futura que es, pero de alguna forma la anticipamos por sus causas o signos presentes.

Confesiones XI 19,25

Acaso puede ilustrarnos acerca de la relación entre el presente y el futuro la forma en que Dios muestra el futuro a los profetas como enseñanza para el presente. Pero, por el momento, esta idea la considera Agustín demasiado ardua.

Confesiones XI 20,26

Insiste que, en puridad, no existen ni el pasado ni el futuro; sin embargo, las personas nos entendemos distinguiendo tres tiempos, aunque no sea muy correcto. En realidad, para ser precisos, habría mos de decir que los tres tiempos entre los que nos movemos son: «presente de lo pretérito, presente de lo presente y presente de lo futuro... El presente del pasado es la memoria, el presente del presente es la visión y el presente del futuro es la expectación».

Confesiones XI 21,27

Es un hecho que medimos los tiempos y los comparamos entre sí: igual, doble, triple. Ahora bien, sólo los podemos medir mientras pasan, es decir, cuando existen, pues ni el pasado ni el futuro existen realmente. Así pues, los medimos en el presente. Pero resulta que el presente no tiene extensión. Y sin embargo, al medir el tiempo, medimos una cierta extensión.

Confesiones XI 22,28

El espíritu de Agustín, apasionado por el conocimiento, se encuentra ante un enigma muy intrincado para el que pide al Padre insistente mente, por medio de Cristo, que lo ilumine, a fin de entender las Escrituras.

Los hombres hablamos del tiempo familiarmente; el tiempo forma parte de nuestra existencia, y sin embargo, nos resulta muy difícil de explicar.

Confesiones XI 23,29

No está de acuerdo san Agustín en identificar el tiempo con el movimiento de los astros. Le parece que el concepto de tiempo ha de ser más amplio, capaz de abarcar también algo tan sencillo como el movimiento del torno del alfarero (que puede ir más rápido o más lento) y nuestra habla (en la que combinamos sílabas largas o breves). Los astros señalan ciertos ciclos temporales; ciertamente las vueltas

del torno del alfarero no son equiparables a las evoluciones de los astros, pero no por eso dejan de ser temporales.

Confesiones XI 23,30

¿Qué es, pues, el tiempo? ¿Cuál es su naturaleza? Tomemos una medida del tiempo a la que estamos habituados: el día. Entendemos que transcurre un día cuando el sol retorna al punto de partida después de describir su órbita alrededor de la tierra. Indaguemos algo más. El tiempo de un día ¿se identifica con el movimiento del sol alrededor de la tierra, o más bien consiste en la duración del ciclo solar de veinticuatro horas, o es las dos cosas a la vez? Si se identificara con el movimiento circular del sol, sería independiente de la duración (podría durar más o menos de veinticuatro horas, según que circulara más rápido o más lento). Si se identificara con el periodo de veinticuatro horas, en el supuesto de que el sol circulase el doble de rápido, un día sería igual a dos giros solares. Si el día fuera el movimiento o curso solar más la duración de veinticuatro horas, no habría un día si no se cumplieran ambas condiciones, es decir, un periodo de veinticuatro horas y el desplazamiento del sol (con lo que no se podría considerar como un día una eventual parada del sol durante veinticuatro horas).

Pero lo que le interesa dilucidar es la naturaleza del tiempo. De la reflexión anterior concluye que no son los astros los que determinan el tiempo, sino que es el tiempo el que mide los movimientos de los astros. Y apunta que el tiempo le parece «una especie de distensión».

Confesiones XI 24,31

¿Puede identificarse el tiempo con el movimiento de los cuerpos? Está convencido de que no es así. Pues «ningún cuerpo se mueve fuera del tiempo. Pero no entiendo que el movimiento mismo del cuerpo sea el tiempo... Porque, cuando un cuerpo se mueve, mido con el tiempo la duración del movimiento», pero, si el cuerpo se para, no por eso se detiene el tiempo, sino que sigue su curso. Luego «el tiempo no es el movimiento de los cuerpos».

Confesiones XI 25,32

Hasta ahora no ha sido capaz de explicar qué es el tiempo, por más que le es evidente su transcurso.

Confesiones XI 26,33

Agustín está convencido de que mide el tiempo por comparación de períodos más largos y más breves, pero le falta un referente temporal objetivo, un canon con el que medir el tiempo (y un instrumento, el reloj). «Esto me ha llevado a la conclusión de que el tiempo no es más que una distensión. Pero ¿distensión de qué? Lo ignoro. Sería sorprendente que no fuera una distensión del mismo espíritu». Incidiendo en lo ya dicho, repite que no puede medir ni el pasado ni el futuro, que no existen. Pero tampoco el presente, que no tiene extensión. Mide tal vez los tiempos mientras pasan.

Confesiones XI 27,34

Que medimos los tiempos es un hecho. Distinguimos un tiempo largo y un tiempo breve. El tiempo que medimos no es el pasado ni el futuro, que no existen, ni el presente inextenso; medimos el tiempo en la medida en que pasa. «El objeto de nuestra medición es el intervalo mismo que está entre el comienzo y el final» de una acción.

Confesiones XI 27,35

El verso “Deus creator omnium” contiene cuatro sílabas breves y cuatro largas, éstas, con una duración doble que las otras. ¿Cómo las comparamos si, cuando pronunciamos la larga, ya no existe la breve, y aun la larga no la podemos dimensionar hasta que no hemos acabado de pronunciarla, es decir, cuando ha dejado de existir? (Parece que Agustín tiene en cuenta la distinción entre la extensión espacial, donde se pueden superponer y comparar dos cuerpos, de la extensión temporal, en que no es posible este ejercicio).

Después de largas y reiteradas reflexiones sobre la medida del tiempo, san Agustín ha conseguido que mentalmente nos adelantemos a concluir lo que él propone al final de este número: «Luego lo

que mido no son las sílabas en sí, que han dejado de existir. Lo que mido es algo que tengo en mi memoria y que permanece fijo en ella».

Confesiones XI 27,36

Lo repite como un logro conseguido con esfuerzo: «Es en ti, espíritu mío, donde yo mido el tiempo». No sólo de los sonidos, sino también de los silencios. De tal modo que, en nuestro pensamiento, podemos componer un poema, o disponer la ejecución de una canción, estableciendo la distribución y combinación del tiempo que han de durar los sonidos y los silencios.

Confesiones XI 28,37

El tiempo fluye como el agua de un río, pero el espíritu humano tiene la capacidad de atender al presente, expectar el futuro y recordar el pasado, dando así unidad y cohesión a los tres tiempos, que existen realmente en la mente.

Confesiones XI 28,38

La vitalidad de mi mente, que pongo en juego al interpretar una canción, va distendiéndose paulatinamente desde la expectación de la canción en su conjunto, al principio, pasando por la atención del presente hacia la memoria del pasado, receptáculo final de toda la canción. «Así acontece en toda la vida del hombre, de la cual forman parte todas las acciones humanas. Así ocurre, finalmente, en toda la historia de los hijos de los hombres, de la cual forman parte todas las vidas humanas».

(Aquí alcanza su céñit la reflexión que nos ha brindado Agustín, en el libro undécimo, sobre el tiempo, receptáculo de la vida del individuo humano y de la historia de los hombres.)

Confesiones XI 29,39

Aún le queda un último empuje para referir el tiempo a la eternidad, la dispersión a la unidad. Vivimos dispersos, solicitados por muchas cosas pasajeras. Pero el Mediador entre la unidad de Dios y

nuestra multiplicidad nos invita a centrar nuestra atención en el Uno y recomponer así nuestros pensamientos hasta llegar a fundirnos con Dios y contemplar sus delicias, que ni vienen ni pasan.

Confesiones XI 30,40

Fundido con el Uno, Agustín espera alcanzar la plenitud de su ser personal, conforme al plan de Dios. Verá sin esfuerzo mental que Dios es incomparable con el tiempo, que Dios existe antes que todos los tiempos, «y que no existe tiempo que sea coeterno contigo, ni tampoco criatura alguna, aunque ésta sea superior al tiempo» (velada alusión a los ángeles, aunque éstos hubieran sido creados en una dimensión situada fuera del tiempo).

Confesiones XI 31,41

Aun en el supuesto de que algún espíritu fuera capaz de conocer el curso de los siglos en su totalidad, como Agustín conoce de memoria una canción popular, de principio a fin, incluso este conocer no sería comparable al conocer divino. Pues tal espíritu se vería afectado por el devenir de los tiempos (como el que interpreta la canción experimenta mutación de la dimensión de su expectación y de su memoria), mientras que Dios, «inmutablemente eterno», conoció en el principio el cielo y la tierra sin sufrir variación alguna, y los creó sin verse afectado por cambio alguno.

Confesiones XII 1,1

San Agustín sigue deseoso de profundizar en el conocimiento de la verdad, confiado en la promesa divina, que habla al hombre por la Escritura.

Confesiones XII 2,2

Al decir la Escritura que Dios creó el cielo y la tierra, denota toda la realidad que no es Dios. Por cielo se entiende la morada del Señor, y por tierra, el mundo de los hombres. Este cielo no lo vemos; el cielo

que vemos o firmamento, juntamente con la tierra que pisamos y de la que estamos formados, Dios se la ha dado a los hombres.

Confesiones XII 3,3

Antes de que el Creador diera la existencia al mundo de los hombres, dice la Escritura que reinaba la oscuridad. No había luz porque no existían aún naturalezas diferenciadas. No existía nada, aunque no era la nada absoluta, sino una especie de materia informe.

Confesiones XII 4,4

La Escritura designa esta materia informe como tierra y abismo para que los hombres menos instruidos puedan hacerse una idea de lo que es la materia informe, comparándola con la tierra invisible y desordenada, expresión que resulta más asequible que la de materia informe.

Confesiones XII 5,5

La materia informe no es una forma inteligible, como lo son la vida o la justicia; ni es una forma sensible, «porque, en las cosas invisibles y caóticas, nada se puede ver ni sentir».

Confesiones XII 6,6

Refiere Agustín el proceso que él mismo siguió hasta ser capaz de formarse una idea adecuada de la materia informe. Hubo un tiempo en que la concebía como algo deforme, pero, al fin y al cabo, una naturaleza definida o formada. Sabía que tenía que «despojarla por entero de cualquier residuo de forma», hasta conseguir «representarme una cosa intermedia entre la forma y la nada; algo que no fuese forma, pero que tampoco fuera nada, sino algo informe y casi nada».

Fijó entonces su atención en los cuerpos, en su inestabilidad y mutabilidad, que los hace pasar de forma en forma, lo cual «se realizaba mediante algo informe, no a través de la nada absoluta». Comprendió que es «la mutabilidad misma de los seres mudables la que es capaz de todas las formas en que se mudan las cosas mudables». Aunque, cuan-

do quiere concretar en qué consiste la mutabilidad, sólo acierta a balbucir una paradoja: «una “nada existente” o (de) un “ser inexistente”».

Confesiones XII 7,7

Se pregunta de dónde procedía la materia informe. Teniendo en cuenta que, fuera de Dios, no hay nada, la materia informe sólo podía proceder de Dios, que la sacó de la nada, no de su sustancia, pues entonces sería Dios. De su sustancia sólo engendró a su Unigénito, en el cual hizo el cielo y la tierra, es decir, todas las cosas.

Confesiones XII 8,8

Dios hizo el cielo del cielo para sí, y el universo para el hombre. El cielo del cielo lo creó antes del tiempo; así como la materia informe, de la que formó todas las cosas que llenan de admiración a los hijos de los hombres.

La materia informe «era casi nada, porque era totalmente informe todavía. Sin embargo ya tenía ser, puesto que era susceptible de recibir forma». Era invisible y desordenada pues aún no había recibido forma alguna; era pura mutabilidad, que es la propiedad del universo por la que las cosas pasan de forma en forma, experimentando las variaciones y sucesiones que nos permiten sentir y contar los tiempos.

Confesiones XII 9,9

El cielo del cielo es una criatura intelectual (los ángeles), no coeterna con Dios aunque partícipe de su eternidad. Pues la contemplación de Dios la preserva de la mutabilidad y la sustrae así del tiempo. Tampoco la materia informe está zambullida en el tiempo, «porque donde no hay forma ni orden nada viene y nada pasa», y, por tanto, no hay sucesión temporal.

Confesiones XII 10,10

Agustín hace una pausa en su investigación para manifestar su vivo deseo de alcanzar la verdad de Dios, que es luz y vida del hombre, y que se da a conocer en las Escrituras.

Confesiones XII 11,11

Resume dos logros adquiridos hasta ahora con absoluta certeza: que Dios es inmortal e inmutable, así como que todas las naturalezas proceden de Dios; sólo la nada y el pecado no tienen su origen en Dios.

Confesiones XII 11,12

Otra verdad que posee con seguridad es que ni siquiera la criatura celeste cuyo único deleite es Dios es coeterna con Dios. Asida a Dios con una mente pura y con todo su afecto, no experimenta mutabilidad alguna. Si tal criatura existe, es dichosa sobremanera, al adherirse a la dicha de Dios, su eterno morador e iluminador.

Confesiones XII 11,13

La consideración de la dicha de la criatura celestial ha de servirnos para ansiar saciarnos de Dios viviendo en su casa por toda la eternidad, alejados de los cambios.

Confesiones XII 11,14

Los cambios de los seres de este mundo los hace posibles cierta informidad que los constituye. Esta informidad intrínseca da razón de su mutabilidad, mas no la pura informidad, sino la informidad ya formada, pues son los cambios de forma en forma los que hacen que exista el tiempo.

Confesiones XII 12,15

Hay dos cosas creadas que carecen de tiempo, lo que no significa que sean coeternas con Dios, pues han tenido principio. Una es la criatura intelectual que, aunque de suyo sea mudable, sin embargo, participa de la eternidad e inmutabilidad divinas por la contemplación indeficiente de Dios. La otra es la materia informe, que, por carecer de toda forma, no puede cambiar de una forma en otra, que es en lo que consiste el tiempo. Sin embargo, no hubo un lapso temporal entre la creación de la materia informe y la aparición del universo

formado, pues, en el principio, hizo Dios el cielo y la tierra, es decir, el firmamento y la tierra visible y ordenada, sujetos a las vicisitudes del tiempo.

Confesiones XII 13,16

Las palabras de la Escritura: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra* (*Gén 1,1*), sin alusión temporal, se refieren a dos realidades creadas por Dios antes del tiempo. La primera es el cielo intelectual, «donde la inteligencia lo conoce todo de golpe, no de manera fragmentaria..., sin sucesión de tiempos». La segunda es la materia informe, llamada tierra invisible y desordenada, pues, «donde no hay forma alguna no puede haber nunca diversidad».

Confesiones XII 14,17

San Agustín se asombra de la profundidad de las Escrituras, a las que da vértigo asomarse. Anatematiza a los detractores de las mismas y se propone responder a quienes las interpretan de formas diferentes.

Confesiones XII 15,18

Tanto Agustín como los que interpretan el *Génesis* de distinta manera que él están de acuerdo en admitir la verdadera eternidad del Creador, que comporta su absoluta inmutabilidad y la intrínseca unidad de su sustancia y de su voluntad, lo que significa «que quiere lo que quiere simultáneamente y de una vez para siempre» sin que quepa variación en su voluntad, por ejemplo ejecutando un acto nuevo de voluntad para formar la creación. Justo lo contrario que los hombres, en quienes «la expectación de las cosas futuras se convierte en visión cuando éstas llegan, y a su vez esta visión se transforma en memoria cuando han pasado», lo que representa un cambio en su conocer.

Confesiones XII 15,19

También admiten sus interlocutores que tanto las cosas que tienen una naturaleza determinada como también la materia formable (que no la tiene) proceden únicamente del Ser sumo.

Agustín da un paso más y les pregunta si niegan la existencia de una naturaleza sublime, íntimamente unida a Dios por un conocimiento directo y un amor conforme a la voluntad de Dios, y que, por consiguiente, no está sujeta a ningún cambio, y aun no siendo coeterna con Él -pues es criatura y tuvo principio-, sin embargo participa de la eternidad de Dios. Esta criatura -dice Agustín- es la casa de Dios, de naturaleza espiritual.

Confesiones XII 15,20

Tal espíritu inteligente fue creado por Dios antes del tiempo, «es luz por la contemplación de la Luz» y es apropiado llamarlo sabiduría, distinguiéndolo de la Sabiduría increada, coeterna con el Padre. Tal naturaleza inteligente es la primera de las criaturas, aunque «antes que ella existe la eternidad del Creador mismo».

Confesiones XII 15,21

Así pues, esta naturaleza inteligente es distinta de Dios y procede de Él. No está sujeta al tiempo ni le afectan los cambios pues ve siempre el rostro de Dios y no se aparta nunca de Él, por el gran amor que la une a Dios, aunque, por ser criatura, de suyo podría sufrir cambio o mutación.

San Agustín manifiesta su amor a esta criatura inteligente por ser morada de la gloria de Dios, y expresa su deseo de compartir con ella la honra de ser morada de Dios.

Confesiones XII 15,22

Los interlocutores de Agustín se muestran de acuerdo con él en que esta criatura es morada de Dios, no coeterna con Dios, aunque, en cierto modo, eterna en los cielos, libre de «toda duración pasajera de tiempo», pues «su bien es estar siempre unida a Dios».

También convienen con él en que la materia informe procede de Dios.

Confesiones XII 16,23

Con los que coinciden con Agustín en todo lo dicho, se propone tratar los puntos de disensión, entrando en su «estancia secreta», recinto de amor gozoso, de iluminación, de unidad y de deseo de eternidad.

Confesiones XII 17,24

Algunos opositores de san Agustín creen que Moisés, cuando dijo: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra* (*Gén 1,1*), con la palabra «cielo» no se refirió a la criatura espiritual que entiende Agustín, ni con la palabra «tierra» aludió a la materia informe; sino que la expresión «cielo y tierra» era una forma genérica de nombrar a toda la realidad visible del universo, que el autor sagrado detalla a continuación. No obstante conceden que la expresión «tierra visible y desordenada» podría entenderse como alusiva a la materia informe.

Confesiones XII 17,25

Hay quien entiende que la expresión «cielo y tierra» insinúa la materia informe de la que fue formado el mundo visible con todas las naturalezas distintas que se engloban en dicha locución.

Otros atribuyen a la expresión «cielo y tierra» el significado de la naturaleza visible e invisible, es decir, la totalidad de la creación ya formada. Sin embargo, todo lo creado, por proceder de la nada, entraña cierta mutabilidad, incluso las naturalezas estables, como la morada eterna de Dios (la naturaleza intelectual); a fortiori, las naturalezas mudables, como son el alma y el cuerpo. En todas las cosas creadas, hay pues un componente de materia informe. A ello aludirían los nombres de «tierra invisible y desordenada y de tinieblas sobre el abismo», que se aplicarían: el de «tierra invisible y desordenada» a la materia informe corpórea; y el de «tinieblas sobre el abismo», a la materia informe espiritual.

Confesiones XII 17,26

Cabe interpretar «cielo y tierra», dice san Agustín, como la incoación misma de las cosas, «la materia formable y creable» de toda la creación espiritual y corpórea.

Confesiones XII 18,27

Al final, en las diversas interpretaciones, dice el santo, podemos estar discutiendo sobre palabras, lo que no conduce a nada. Pues lo importante es que la atención a la palabra de Dios fomen-

te la caridad. Salvando la verdad de la Escritura, no es incompatible con dicha verdad el que se hagan diversas interpretaciones veraces según Dios, aunque no coincidan con la intención del autor sagrado.

Confesiones XII 19,28

Resume las verdades que son seguras acerca de la creación del mundo, como es que Dios creó el cielo y la tierra. Como todo procede de la nada, a toda la realidad le es propia una cierta informidad susceptible de ser formada y de cambiar de forma. Sin embargo, «lo que se adhiere (tan) estrechamente a una forma inmutable..., aunque sea mudable [por ser criatura], no se muda», como es el caso de la naturaleza inteligente, que constituye la morada de Dios, el cielo del cielo (los ángeles). La informidad absoluta o materia informe es anterior al tiempo por no experimentar cambios ya que no tiene forma alguna. La materia informe puede llamarse cielo y tierra, porque éstos fueron sacados de ella. De entre todas las naturalezas formadas, la que más se asemeja a la materia informe es la tierra y el abismo. Tanto las cosas formadas como las que pueden ser formadas son obra de Dios, de quien proceden todas las cosas. Todas las cosas formadas (o naturalezas definidas) antes fueron informes.

Confesiones XII 20,29

De todas estas verdades, cada uno de los que creen que Moisés transmitió por escrito la verdad recibida de Dios resalta un aspecto parcial. Uno entiende las palabras de Moisés: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra* en el sentido de que Dios creó, en su Palabra coeterna con Él, tanto la realidad espiritual como la corporal. Otro, que, en el principio, Dios creó en su Palabra, coeterna con Él, todas las naturalezas de este mundo corpóreo. Otro, que, en su Palabra, coeterna con Él, hizo Dios la materia informe de la criatura corpórea, de la que sería formado el universo. Otro, en fin, refiere el principio al mismísimo origen del hacer y del obrar divinos, en que Dios hizo la materia informe en la que ya se encontraban confusamente el cielo y la tierra que ahora vemos.

Confesiones XII 21,30

Asimismo, de las palabras que siguen: *La tierra era invisible y desordenada y las tinieblas estaban sobre el abismo* (*Gén 1,2*), hay quien toma, de las verdades enunciadas en el número 28, el significado de que, en el principio, Dios hizo la materia informe, designada como cielo y tierra. Otro deduce que, de la materia informe, designada como cielo y tierra, surgirían el cielo y la tierra corpóreos. Otro interpreta que, de la materia informe, designada como cielo y tierra, hizo Dios el cielo inteligible (es decir, el cielo del cielo, morada de Dios) y la tierra (o sea el universo); por tanto, «toda la creación visible e invisible».

Otra interpretación que hacen algunos es que, de la materia informe (no designada como «cielo y tierra» sino como «tierra invisible y desordenada y abismo tenebroso»), surgiría «la creación espiritual y corpórea» denominada como «cielo y tierra». Por fin, alguno entiende que de la materia informe, designada como *tierra invisible y desordenada, etc.*, Dios hizo el mundo corpóreo superior e inferior, denominados como cielo y tierra.

Confesiones XII 22,31

Los que no admiten que la expresión «el cielo y la tierra» designa la materia informe han de aclarar si éstos fueron hechos de una materia preexistente no creada por Dios, o si es que el texto sagrado da por supuesta la existencia de la materia informe creada por Dios, aunque no se mencione expresamente. Cualquiera que sea la interpretación que se haga del texto sagrado, ha de quedar fuera de duda que todo ha sido creado por Dios de la nada y que nada es coeterno con Él.

Confesiones XII 23,32

Agustín se para un momento, en su investigación sobre las primeras palabras del *Génesis*, para tomar conciencia de la línea que ha de seguir: se da por supuesto que Moisés refiere, de parte de Dios, la verdad de los hechos; menos evidente resulta lo que ha querido dar a entender el hagiógrafo: aquí caben diversas interpretaciones, que ha de armonizar la caridad.

Confesiones XII 24,33

El investigador actual que se acerca al texto de los dos primeros versículos del *Génesis*, basándose en ellos, puede afirmar varias verdades sobre la creación del mundo, pero no puede asegurar cuál fue el pensamiento de Moisés al escribirlos.

Confesiones XII 25,34

Caben varias interpretaciones verdaderas de un texto sagrado, de forma que nadie puede pretender detentar en exclusiva la intención íntima del profeta de Dios. La verdad de Dios excede la inteligencia de cada hombre, que puede captarla parcialmente. «Tu verdad [Señor] no es mía ni del otro ni del de más allá, sino que es de todos nosotros a quienes llamas públicamente a participar de ella». El hombre debe compartirla con los que aman la verdad, para beneficio de todos; pretender reducir la verdad a nuestro punto de vista lleva a incurrir en el error.

Confesiones XII 25,35

Dios es la verdad en persona, la verdad inmutable, en quien los hombres percibimos parcialmente la verdad. Compartiendo humildemente la verdad con nuestro prójimo, amamos a Dios (que es la Verdad) y al prójimo, y cumplimos la ley; mientras que absolutizando nuestra verdad hasta el punto de rechazar la parte de verdad de los demás, fomentamos polémicas nocivas y dañamos la caridad.

Confesiones XII 26,36

Aclara y argumenta, san Agustín, su tesis de que caben diversas interpretaciones verdaderas del texto de la Escritura, con una hipótesis muy personal. Se pone en el caso de que hubiera sido a él mismo a quien Dios hubiera encargado que escribiera el libro del *Génesis*. Entonces le hubiera gustado que Dios le hubiera concedido expresarse de forma que los indoctos lo entendiesen y los doctos hallasen reflejadas en sus palabras todas sus opiniones verdaderas.

Confesiones XII 27,37

Compara las pocas palabras de los versos que está comentando con un potente manantial que da origen a ríos de limpia verdad «en donde, cada cual a su manera, extrae la verdad que puede». Los sencillos imaginan carnalmente (demasiado groseramente) la obra de la creación, pero aun así se va edificando en ellos una fe sana «que sostiene con firmeza que Dios hizo todas las naturalezas que sus sentidos perciben en toda su maravillosa variedad».

Confesiones XII 28,38

Los más doctos remontan el curso voluble de los tiempos hasta la permanente estabilidad de Dios, en quien resplandece la verdad eterna, cuya voluntad inmutable formó «de la nada una desemejanza informe, capaz de recibir una forma a través de tu semejanza», formando todas las cosas según su especie.

Confesiones XII 28,39

Entre los más instruidos, hay variedad de interpretaciones sobre el significado de las primeras palabras del *Génesis*. Unos entienden por «principio» la Sabiduría de Dios; otros, el comienzo de la existencia de las realidades creadas.

Que Dios creó en la Sabiduría el cielo y la tierra, obtiene varias explicaciones: una defiende que «cielo y tierra» designan «la materia creable del cielo y de la tierra»; otra, que son ya naturalezas formadas y distintas.

De los que interpretan «cielo y tierra» como la materia informe de que se harían el cielo y la tierra, unos piensan que de esa materia serían hechas las criaturas inteligibles y sensibles, mientras que otros creen que sólo serían hechas las sensibles y corpóreas.

Entre los que entienden que «cielo y tierra» designan naturalezas ya formadas y distintas, unos sostienen que se trata de la creación visible e invisible, y otros, solamente de la visible, que engloba el firmamento y la tierra.

Confesiones XII 29,40

La interpretación que Agustín considera más plausible de: *En el principio, hizo Dios el cielo y la tierra* (*Gén 1,1*) es la de equiparar el cielo y la tierra a la materia informe de la que sería hecho el universo inteligente y corpóreo. Así pues, la materia informe fue lo primero que Dios creó. La prioridad de la materia informe sobre las naturalezas formadas no es temporal (pues la materia no existe sin alguna forma) ni de valor (pues cualquier forma es más perfecta que la materia informe); la prioridad es lógica, pues la materia es el origen de la forma (ya que no proviene la materia de la forma, sino al revés).

Confesiones XII 30,41

Muchas –constata san Agustín– son las interpretaciones verdaderas que cabe hacer de los dos primeros versículos del *Génesis*, sin que podamos determinar cuál fue el pensamiento concreto de Moisés. Si pues todos los que las sustentan aman sinceramente la verdad, «amémonos unos a otros y amémoste al mismo tiempo a ti, Dios nuestro, fuente de la verdad, si es que realmente tenemos sed de ella».

Confesiones XII 31,42

Insiste Agustín en que la variedad de sentidos verdaderos que se pueden deducir de las palabras del texto sagrado son una gran riqueza: Moisés «sintió y pensó en estas palabras -mientras las escribía- toda la verdad que en ellas hemos podido encontrar».

Confesiones XII 32,43

Y si Moisés no tuvo presentes todos los significados de sus palabras, éstos no se ocultaron al Espíritu, inspirador del escritor sagrado. Pide Agustín al Señor que cualquier interpretación que haga sea verdadera. Se propone averiguar el pensamiento del hagiógrafo, o al menos una parte de la verdad encerrada en el texto sagrado.

Confesiones XIII 1,1

Al comienzo del último libro de sus *Confesiones*, en las que pretende reconocer y agradecer la generosidad de Dios para con él, Agustín se sitúa ante Dios en la auténtica verdad de su ser, creado para acoger en su vida al mismo Dios, cuyo deseo ha inculcado en su corazón, y que lo llama, lo perdona y lo prepara para el encuentro feliz con Él.

No es Agustín el que hace un favor a Dios secundando sus propósitos, pues nada nuevo puede aportarle, sino que, gracias a Dios, se reconoce «un sujeto capaz de bienestar»; es sirviendo a Dios como puede obtener su dicha.

Confesiones XIII 2,2

Ningún mérito podía alegar la criatura espiritual o corporal para pasar de la nada a la existencia, aun cuando se tratara de una existencia informe; tan sólo se puede atribuir este tránsito a la plenitud desbordante de la bondad de Dios.

Confesiones XIII 2,3

No podía invocar ningún mérito para existir la materia corpórea no existente. Dígase lo mismo de la criatura espiritual, primero en la fase de materia informe y luego constituida como naturaleza formada, en la que fue hecha sabia por la iluminación recibida de la Palabra de Dios: «para un espíritu creado constituye un bien estar unido siempre a ti».

Confesiones XIII 3,4

La orden de Dios, el primer día de la creación, de que se hiciera la luz, san Agustín cree que se puede entender de la creación de la criatura espiritual, la cual no hizo ningún mérito para venir a la existencia ni para ser iluminada por Dios y adherirse íntimamente a Él; sólo a la gracia de Dios debe su vida feliz, porque sólo Dios encuentra en sí mismo su felicidad.

Confesiones XIII 4,5

En consecuencia, nada aportan las criaturas al ser y a la dicha de Dios; no las creó por necesidad, sino llevado de la plenitud de su bondad.

Cuando dice la Escritura que el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas, no quiere decir que reposaba sobre ellas, sino más bien que todo descansaba en su voluntad soberana e inmutable, que es fuente de vida y luz que forma todas las cosas y da la felicidad.

Confesiones XIII 5,6

En la obra de la creación, san Agustín atisba un esbozo de la Santa Trinidad: el Padre, como creador; el Hijo, Sabiduría en quien fueron creados el cielo y la tierra, y el Espíritu, que se cernía sobre las aguas.

Confesiones XIII 6,7

Se pregunta por qué la Escritura se demora en mencionar al Espíritu en la obra de la creación y lo cita en relación con las aguas, sobre las que se cernía.

Confesiones XIII 7,8

Encuentra una explicación en el pensamiento de san Pablo, que expresa que el don del Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones para enseñarnos la «ciencia excelsa del amor de Cristo». Las aguas no aluden a torrentes o mares procelosos, no se trata de lugares o volúmenes acuosos, sino de sentimientos y amores: se trata de la impureza de nuestro espíritu y de la santidad del Espíritu de Dios, que eleva nuestro corazón hacia Dios, en donde encontrará su descanso.

Confesiones XIII 8,9

Avala esta interpretación espiritual la caída del ángel y del hombre, que evidenció el abismo tenebroso en que, hasta el mismo cielo del cielo hubiera quedado reducido de no haber dicho Dios en el prin-

cipio: *Hágase la luz* (*Gén 1,3*), y todos los habitantes de la ciudad celeste se hubieran adherido al Señor y descansado en su Espíritu.

Además, hasta los mismos espíritus miserables que se zambullen en las tinieblas nos ayudan a entender «cuán grande hiciste a la criatura racional», a la que nada inferior a Dios le basta para ser feliz.

Termina el número con una declaración de amor divino de Agustín, que pide a Dios un amor tal que lo lleve a fundirse con Él. Y concluye con una confesión: «Sólo sé una cosa: que me va mal lejos de ti, y no sólo fuera de mí, sino incluso en mí mismo. Y que toda riqueza que no es mi Dios es pobreza».

Confessiones XIII 9,10

Que el Espíritu se cernía sobre las aguas no hay que tomarlo en sentido literal, sino espiritual, entendido de «la altura inmutable de la divinidad por encima de todo lo que es mudable». En este sentido, no sólo el Espíritu, sino también el Padre y el Hijo se cernían sobre las aguas, aunque es más apropiado aplicarlo al Espíritu Santo, Don de Dios en el que descansamos y nos gozamos (cf. XIII 4,5). «Nuestro descanso es nuestro lugar», hacia el que nos levanta el Espíritu de Dios por el empuje del amor, pues «mi amor es mi peso, él me lleva adonde soy llevado».

Confessiones XIII 10,11

Los ángeles son criaturas de Dios privilegiadas pues, apenas creadas, sin intervalo temporal, fueron elevados por el Espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas a la luz inmutable. Al contrario que los hombres, en quienes hay un lapso temporal «entre la época en que fuimos tinieblas y la época en que nos hemos convertido en luz», de la criatura angélica «se dijo lo que habría llegado a ser de no haber sido iluminada», «para poner de relieve la causa que operó su cambio».

Confessiones XIII 11,12

Ya en el número 6, san Agustín había vislumbrado la presencia de Dios Trino en la creación; ahora la percibe más claramente en el hombre. En el hombre, hay una trinidad: ser, conocer y querer, que

tiene una semejanza con la Trinidad excelsa –aunque es aún mayor la desemejanza. Pues es propio de la naturaleza del hombre existente el conocer y el querer; el sujeto inteligente es consciente de que existe y de que quiere; y el individuo capaz de voluntad quiere existir y conocer. Tenemos, pues, una sola vida con tres aspectos diferentes: vida, mente y esencia: un individuo, una persona, con tres facultades susceptibles de variación, pues, en ellas, la dimensión del ser no se corresponde idénticamente con la del conocer y la del querer.

Ahora bien, pensemos un ser inmutable que conoce y quiere de forma inmutable. En este sujeto, el Ser es pleno y se identifica con el conocer pleno y con el querer pleno, pues sólo así el Ser es infinito. Este sujeto es Dios.

Se pregunta san Agustín si precisamente la existencia en Dios de estas tres facultades (ser, conocer y querer) en grado infinito es lo que constituye al Dios uno, pues, en Él, la dimensión del Ser es igual que la del conocer y el querer; y es, a la vez, lo que conforma al Dios Trino, por cuanto que cada uno de los tres aspectos se diferencia del otro; o si cada una de estas tres facultades existen en grado infinito en cada una de las personas divinas, que se abarcan y comprenden mutuamente de forma inmutable constituyendo su propio fin.

Confesiones XIII 12,13

Agustín ofrece aquí una interpretación alegórica de los primeros versículos del *Génesis*, siguiendo su opinión de que, de un mismo texto, caben varias interpretaciones verdaderas (cf. XII, nº 27.32.34.36.39).

Que Dios hizo el cielo y la tierra en el Principio se puede interpretar en el sentido de que, en Cristo, fundó la Iglesia, constituida por miembros espirituales (cielo) y carnales (tierra). Antes de hacerse espirituales, los miembros de la Iglesia eran carnales (simbolizados por la tierra desordenada), cubiertos por las tinieblas de la ignorancia. Pero sobre ellos se cernía el Espíritu, que, por la misericordia de Dios –que los convocó a la luz–, fueron conformados a la imagen de Cristo por la doctrina y el baño purificador del Bautismo, en virtud de la gracia de Jesucristo.

Confesiones XIII 13,14

Somos, pues, luz en el Señor por la fe, y aguardamos la plenitud de la salvación en la esperanza, aunque expuestos aún a ser atraídos por el abismo de este siglo.

Pero Dios nos ha enviado su Espíritu por Cristo, el Esposo, para que, como miembros de su esposa, la Iglesia, suspiremos por el Esposo, guardándole fidelidad hasta el encuentro pleno en la visión, en la que lo contemplaremos tal cual es, siendo confirmados como hijos en el Hijo.

Confesiones XIII 14,15

Mientras llega el encuentro cara a cara, Agustín siente una mezcla de alivio por el gozo compartido con la comunidad creyente, y de tristeza por la impresión de que sigue siendo abismo tenebroso.

La fe lo incita a mantener la esperanza de la vivificación de su cuerpo mortal por virtud del Espíritu Santo, que habita en nosotros como «prenda de ser pronto luz». Mientras vivimos en la fe y «perdura la inseguridad del conocimiento humano», Dios distingue a los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas, como separó la luz de la tinieblas; todo con entera gratuidad.

Confesiones XIII 15,16

Dios creó para los hombres un firmamento de autoridad en su Escritura, enrollada a la manera como se extienden las pieles de una tienda, simbolizada en las pieles con que el Señor vistió a los hombres, cuando éstos se percataron de su desnudez tras el pecado. Las palabras del Señor consignadas en la Escritura son palabras llenas de coherencia; ésta se yergue con autoridad sobre todas las realidades de este mundo.

Confesiones XIII 15,17

Agustín pide al Señor inteligencia para descubrir en la Escritura su testimonio, que hace sabios a los pequeños. La Escritura contiene palabras puras, persuasivas y al alcance de los humildes.

Confesiones XIII 15,18

Por encima del firmamento de la Escritura, hay otras aguas inmortales, inmunes a toda corrupción. Son los ángeles, que ven continuamente el rostro de Dios y conocen su voluntad eterna sin necesidad de la mediación de la Escritura.

El Señor se ha valido de la Escritura para manifestar su misericordia a los que viven en el tiempo; pero cuando el tiempo llegue a su fin, también la Escritura dejará de cumplir su cometido. Igualmente el Hijo de Dios nos ha amado y «nos ha mirado a través del entramado de la carne, nos ha acariciado, nos ha inflamado de amor»; «pero cuando aparezca [en su gloria], seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es».

Confesiones XIII 16,19

Dice el apóstol Juan (*Jn 3,2*) que seremos semejantes, no iguales, al Hijo, porque sólo Uno es el Ser infinito, el conocimiento pleno y el amor inmutable. Agustín se siente como «tierra reseca» frente a Dios, pues no puede saciar por sí mismo su anhelo de infinitud.

Confesiones XIII 17,20

Este sentimiento le da pie para comentar alegóricamente la separación del mar y de la tierra seca. El mar reúne las aguas amargas, que significan todos los esfuerzos con que el hombre se afana por obtener de las cosas temporales una felicidad terrena; aguas agitadas por malos deseos, que, sin embargo, tienen señalado un límite irrebasable, más allá del cual permanece seca la tierra árida de las almas sedientas de Dios.

Confesiones XIII 17,21

Las almas que anhelan a Dios, simbolizadas por la tierra seca, se distinguen de la masa del mar porque tienen un fin bien diferente del de una felicidad meramente terrena. El Señor las riega para que den frutos de misericordia.

Confesiones XIII 18,22

El Señor da la alegría y el vigor a la tierra seca para que brote de ella la verdad, que produzca frutos de misericordia, de forma que de «esta cosecha inferior de la acción lleguemos a las delicias de la contemplación» de la Palabra de vida, y «aparezcamos como luminarias en el mundo, fijos en el firmamento de tu Escritura».

Por medio de la Escritura, el Señor nos instruye para que distinguimos las cosas inteligibles de las sensibles, distinción significada por la separación del día y la noche; asimismo las criaturas espirituales («las almas dadas a las cosas inteligibles»), iluminadas por la palabra de Dios, «brillan sobre toda la tierra y distinguen el día de la noche». Pues «la noche va muy avanzada y se acerca ya el día» de nuestra salvación, decretada en los designios eternos de Dios y realizada por medio de las bendiciones celestes que Dios derrama en los tiempos oportunos.

Confesiones XIII 18,23

Dios da a uno, por el Espíritu, el don de sabiduría como luminaria mayor, a otro, por el mismo Espíritu, el don de ciencia como luminaria menor, y a otros les reparte diversos dones a modo de estrellas, «para común utilidad». Todos estos dones son necesarios, pues unos se acomodan mejor a los perfectos y otros a los párvulos en Cristo.

Confesiones XIII 19,24

Los seguidores de Cristo están llamados a ser lumbres que ayuden a distinguir el día de la noche. Pero primeramente ellos mismos han de dar frutos de justicia, evitando el pecado para que aflore la tierra seca, y viviendo rectamente, que es tanto como germinar buenos frutos. Puede ocurrir, sin embargo, que, aun en ausencia de pecados que impidan que aflore la tierra seca y fecunda, sin embargo la tierra permanezca estéril debido a la avaricia y a la ambición, que sofoca las plantas que llevan los frutos buenos. Es entonces cuando el Maestro nos exhorta: *Vende todo lo que tienes (Mt 19,21)* para que tu tesoro y tu corazón estén únicamente en el cielo (cf. Mt 19,21; 6,21).

Confesiones XIII 19,25

Los que han escuchado la palabra del Maestro y lo han seguido dejándolo todo son como luminarias en el firmamento; unos, los sabios, con la luz de los perfectos (aunque no son equiparables a los ángeles), y otros, los pequeñuelos, con una luz más tenue, en la noche. Unos y otros, como «luminarias, en el firmamento del cielo, que tenían la palabra de la vida», comunicada por el Espíritu, para ser «la luz del mundo».

Confesiones XIII 20,26

El quinto día de la creación, Dios hizo surgir de las aguas reptiles con almas vivas (no el alma viva, que será producida por la tierra), que representan a los sacramentos de Dios; y desplegó obras grandiosas (los milagros) semejantes a los cetáceos enormes. Sacó también de las aguas aves que vuelan, que significan los mensajeros de Dios que vuelan hasta los confines de la tierra junto al firmamento de la Escritura, a la que respetaban como autoridad.

Confesiones XIII 20,27

En uno de los números más oscuros de las *Confesiones*, Agustín dice que se distinguen manifiestamente las nociones de las realidades del firmamento y las del mar. Son nociones establecidas con independencia de los hombres. Al igual que las aguas produjeron los cetáceos y volátiles por la palabra de Dios, así los pueblos gentiles han fructificado gracias al Evangelio.

Confesiones XIII 20,28

Por causa de la caída de Adán, el género humano (significado por el salitre del mar) devino curioso, hinchado e inestable, lo que requirió la actuación corpórea y sensible de los dispensadores de la palabra de Dios.

Confesiones XIII 21,29

Gracias a la palabra de Dios, la tierra seca –convertida en tierra creyente por la fe- produce el alma viva (los hombres regenerados),

vivificada por el Bautismo y alimentada con el pan eucarístico. Los bautizados, instruidos por el mensaje del Evangelio y ayudados por la gracia, se refrenan en el amor de este siglo para vivir para Dios, «delicia vivificadora de un corazón puro».

Confesiones XIII 21,30

Los ministros del Señor, cuando se dirigen a los creyentes, no necesitan exhibir milagros o frases misteriosas, como cuando se dirigían a los paganos, sino, sobre todo, proponerse a sí mismos como modelos: «evitando aquellas cosas por cuyo deseo muere» el alma. Pues la verdadera muerte del alma no consiste tanto en «la carencia total de sentimientos», cuanto en alejarse de la fuente de la vida.

Confesiones XIII 21,31

La fuente de la vida eterna es la palabra de Dios, que regando la tierra seca por la predicación de los evangelistas, produce en ella el alma viva, por imitación de los imitadores de Cristo. Esto lo entiende Agustín significado alegóricamente en la expresión *según su especie* (*Gén 1,21*). «En el alma viva, las fieras [los sentimientos del alma, nº 30] serán buenas por la apacibilidad de su conducta», puestas «al servicio de la razón».

Confesiones XIII 22,32

Mas el hombre convertido en alma viva «por medio de una vida buena» a imitación de los evangelizadores, ha de crecer haciéndose espiritual, reformándose por la renovación de su mente, de manera que no sea por la imitación del prójimo como lleve una vida recta, sino por haber asumido personalmente que la voluntad de Dios es que viva a semejanza de Dios, a cuya imagen fue creado. El hombre espiritual juzga todas las cosas juzgables, mientras que a él no lo juzga nadie.

Confesiones XIII 23,33

La capacidad del hombre de juzgar todas las cosas la expresa el relato de la creación al atribuirle el dominio sobre la tierra y los ani-

males (*Gén* 1,26) a través de la inteligencia de su mente, con la que capta todo aquello que pertenece al Espíritu de Dios; pero, si no lo comprende, entonces se convierte en un jumento insensato.

Sin embargo, la capacidad de juzgar de los hombres espirituales no es ilimitada, pues, en la Iglesia, hay espirituales constituidos en autoridad y otros situados en puestos de obediencia. Unos y otros juzgan espiritualmente, pero no deben juzgar los conocimientos espirituales que brillan en el firmamento (entiendo que se refiere a las verdades eternas), ni al Libro sagrado (aunque contenga pasajes que no se entiendan), ni a la Ley de Dios. Debe evitar el clasificar a los hombres como espirituales o carnales, así como arrogarse el determinar quiénes se salvan o se condenan.

Confesiones XIII 23,34

Concretando más, el hombre espiritual es competente para juzgar lo que se refiere a los sacramentos de la iniciación y las fórmulas rituales de los mismos. Está capacitado para aprobar lo recto y desaprobar las acciones y costumbres viciosas de los creyentes, y está facultado para corregir.

Confesiones XIII 24,35

Se pregunta por qué la Escritura consigna la orden del Creador de crecer y multiplicarse dirigida sólo a los hombres, a los animales acuáticos y a las aves, y no a las plantas y a los animales terrestres.

Confesiones XIII 24,36

Cree que no en vano ha hecho el texto sagrado esta diferenciación, pues, como ya expuso en el libro XII, está convencido de que de un solo pasaje de la Escritura caben diversas interpretaciones verdaderas.

Confesiones XIII 24,37

En consecuencia, el pasaje *creced y multiplicaos* (*Gén* 1,22.28) admite un sentido propio que «conviene a todas las cosas que tienen

generación a base de semillas», y un sentido figurado –que considera que es la intención de la Escritura- que amplía su alcance a multitudes tanto en las criaturas espirituales como en las corpóreas, en las almas justas como en las pecadoras, en los autores sagrados, en la asociación de los pueblos gentiles, en el celo de las almas piadosas, en las obras de misericordia, en los carismas, en los sentimientos del alma moderados por la templanza.

Confesiones XIII 25,38

Hace una interpretación simbólica del alimento vegetal que Dios proporciona a los animales terrestres, a las aves y a los hombres. Este alimento significa las obras de misericordia con que Dios premia en la tierra a los que explican la doctrina cristiana a los fieles, y les dan ejemplo de vida.

Confesiones XIII 26,39

El que hace el bien y da generosamente es el primer beneficiado de su buena acción, que revierte en él vivificándolo.

Confesiones XIII 26,40

Pablo no se alegra tanto por el don material con que lo obsequian los filipenses cuanto por su buena acción, que les reporta a ellos un reverdecimiento de su alma.

Confesiones XIII 26,41

El Apóstol distingue el don material del fruto espiritual, que es «la buena y recta voluntad del donante»: sin rechazar lo primero, se ha de preferir lo segundo.

Confesiones XIII 27,42

El mero don material, falto de «recta y santa intención», no produce en el donante un verdadero fruto de auténtica vida. Éste sólo se engendra en la tierra separada de las aguas amargas del mar; de ahí que no se alimenten de él los peces y los cetáceos.

Confesiones XIII 28,43

Dios declara buena cada una de sus obras y, de todas en conjunto, dice que eran muy buenas. Al igual que un cuerpo es más hermoso integrado por todos sus miembros, que cada uno de ellos por separado.

Confesiones XIII 29,44

¿A qué se debe que –según la Escritura– Dios reitere ocho veces, día por día, que las obras que hizo son buenas, mientras que Agustín está convencido de que en Dios no existen tiempos? Y explica que ello es debido a que Dios es distinto del hombre. La Escritura va dirigida al hombre, que es temporal, mientras que Dios es inmutable en su eternidad.

Confesiones XIII 30,45

Recrimina a quienes les desagradan las obras de Dios e idean que las hizo, no de la nada, sino de materiales preexistentes, por necesidad, para protegerse de sus enemigos.

Confesiones XIII 31,46

Quienes, por el contrario, contemplan las obras de Dios iluminados por el Espíritu de Dios, ven, con los ojos de Dios, que son buenas, y se complacen en ellas movidos por el mismo Espíritu, ya que nadie conoce a Dios sino el Espíritu de Dios, y nadie ama a Dios sino en virtud del Espíritu que Dios nos ha dado.

Confesiones XIII 32,47

Agustín da gracias a Dios por toda la creación: por el cielo y la tierra, por el firmamento, por el mar y la tierra firme, por los astros, por el agua, por los animales y por el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios (*Gén 1,26*), en virtud de la razón y de la inteligencia.

Confesiones XIII 33,48

La creación entera alaba al Señor y nosotros los hombres, por ella, amamos a Dios. Todas las cosas fueron creadas de la nada, de donde

Dios sacó la materia informe de la que formaría todas las criaturas. Así pues, todo lo creado tiene principio, y todo lo que tiene principio tiene final, pues no depende de sí.

Confesiones XIII 34,49

Toda la creación tiene por cabeza al Unigénito, en quien existía antes del tiempo. Ya en el tiempo, el Señor llevó a cabo sus designios ocultos justificando a los impíos, estableciendo la autoridad de la Escritura, fomentando las obras de misericordia de los creyentes; suscitó personas santas como faros luminosos, produjo los sacramentos e instruyó y educó a los fieles, conformando así el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Confesiones XIII 35,50

Agustín pide al Señor que complete su obra creadora dándole el don de la paz sin ocaso, aun cuando el mundo creado por Dios está llamado a tener fin.

Confesiones XIII 36,51

No obstante, en el descanso de Dios de que habla la Escritura, se encierra una profecía de nuestro descanso eterno en el Señor, después de haber realizado las obras que el Creador mismo nos ha concedido.

Confesiones XIII 37,52

Dios es quien obra en nosotros y quien descansará en nosotros. Pero, al contrario que nosotros, Dios no obra en un tiempo y descansa en otro, pues, en Él, no hay tiempo: «Tú, Señor, estás siempre obrando y siempre descansando».

Confesiones XIII 38,53

La diferencia entre Dios y nosotros reside en que nosotros vemos lo que existe en tanto que la realidad existe porque y como Dios la ve. Nosotros, movidos por el Espíritu, obramos el bien, pero nuestras obras (que son un don de Dios) no son eternas. Dios, en cambio, es el

Bien por esencia y «nunca deja de hacer el bien». «Tú, que eres el Bien que no tiene necesidad de ningún otro bien, siempre estás en reposo, porque Tú mismo eres tu reposo»; y será también nuestro reposo si se lo pedimos a Él.

Termina, pues, sus *Confesiones* como las empezó, vislumbrando en Dios su reposo eterno, «porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (I 1,1).

MODESTO GARCÍA GRIMALDOS, OSA

